

Amaury B. Carbón
Sierra

*Presencia
del poeta latino
Horacio
en Félix Varela*

E

l poeta latino Quinto Horacio Flaco (65-8 a. C.) es una de las raíces fecundas de nuestra tradición literaria. Su presencia — como la de las letras clásicas en general — se hace sentir, incluso de forma explícita, desde el más antiguo monumento de la literatura cubana, el poema épico-histórico *Espejo de paciencia* (1608), del canario Silvestre de Balboa (1563-1649?): «Fingí, imitando a Horacio [advierte el poeta en nota «Al lector»] que los dioses marineros vinieron a la nave de Gilberto a favorecer al Obispo [...]»¹

Esa influencia, que al decir de Fina García Marruz constituye una de las dos caras de la Colonia, «[...] la de los “discípulos de Horacio” y la de los “sectarios de Epicuro”; de un lado, los varones de la Ilustración, los poetas que invocaban a Apolo; del otro, posibilitando estas invocaciones, la cruda realidad [...]»,² alcanza a la prosa y se hará presente — al igual que en otros autores — en el pensador y ensayista, profesor y sacerdote, Félix Varela y Morales (1788-1853), una de las más relevantes personalidades de su época.

Considerado «el que nos enseñó primero en pensar» — conocida frase de José de la Luz y Caballero —, tanto por su actitud radical frente a la filosofía escolástica y sus métodos como por su posición revolucionaria en el orden político, fue además un

¹ SILVESTRE DE BALBOA: *Espejo de paciencia*, p. 9, Editorial de Arte y Literatura, La Habana, 1975.

² FINA GARCÍA MARRUZ: «Prólogo», en CINTIO VITIER Y FINA GARCÍA MARRUZ (comp.): *Flor oculta de la poesía cubana*, p. 17, Editorial de Arte y Literatura, La Habana, 1978.

renovador de la enseñanza: sustituyó el latín por el español en sus clases de Filosofía (1811) — reforma que se hizo extensiva luego a otras asignaturas del Seminario de San Carlos —, y escribió en nuestra lengua, y no en la del Lacio, el tercer y cuarto tomos de sus *Institutiones Philosophiae ecclecticae ad usum studiosae juventutis editae* (1812 y 1814, respectivamente), por esperarse —según él— que en el nuevo plan de estudios se mandara a enseñar en el idioma patrio, de acuerdo con el juicio de los mejores sabios y no por el deseo de innovar.

A pesar de ello, fue durante su vida un constante defensor del latín de Roma frente a la jerga latina escolástica, y un partidario y seguidor de los modelos del Siglo de Oro de las letras latinas, «donde la elocuencia moderna, y el buen gusto en la literatura, encuentran una fuente abundante [...]»³

Como ensayista, precursor de una nueva época, su prosa —libre de las ataduras retóricas— fue sobria, precisa, vital; su pensamiento, enérgico y, sobre todo, de sólida base ética.

Que Varela —ex profesor de Mayores de Latinidad y Retórica, plaza que ocupó interinamente durante cinco años— conocía y apreciaba la producción poética de Horacio, lo prueban las 22 menciones y alusiones a su obra que se registran en los escritos del autor cubano, con lo cual supera en más del doble a los demás escritores y personajes de la cultura grecolatina citados con mayor frecuencia por él. La única excepción es la del orador de Roma —así lo llama—, Marco Tulio Cicerón, aludido en 21 ocasiones y digno también por ello de un estudio particular.

De la poesía del venusino se nombran casi todos los géneros o tipos de composiciones que cultivó, salvo los *Épodos* y el *Canto Secular*. La presencia de cada uno de ellos es la siguiente: dos veces, sus *Odas*; una, las *Sátiras*; y 19, las *Epístolas*. De estas últimas la que más se cita es la titulada «Ad Pisones» (I, 3), conocida desde Quintiliano (s. I d. C.) como «Arte poética», la cual se registra en 12 oportunidades. No puede resultar extraño que esto ocurra si, entre otras razones, se tiene en cuenta que forma-

³EDUARDO TORRES-CUEVAS, JORGE IBARRA CUESTA Y MERCEDES GARCÍA RODRÍGUEZ: *Obras de Félix Varela, el hombre que nos enseñó primero en pensar*, t. I, p. 415, Imagen Contemporánea, Editorial Cultura Popular, La Habana, 1997. En adelante, solo referiremos tomos y páginas con números romanos y arábigos, respectivamente, dentro del texto.

ba parte de las materias de estudio del cuarto año de bachillerato y que algunas de sus 45 reglas o consejos literarios —seleccionados al azar por el estudiante— debían ser traducidas en forma oral y explicadas durante los exámenes.

Para que se tenga de inmediato una idea de cuán presente estaba Horacio en Varela, baste decir —por ahora— que lo menciona al inicio mismo de su primer trabajo, que viera la luz en latín en 1812: *Propositiones variae ad tironum exercitationem* (Varias proposiciones para el ejercicio de los bisoños). Luego de demostrar que la filosofía ecléctica —primera etapa de su pensamiento— es la mejor de todas, incluye en su formulación —entre las objeciones— que no siga a ningún maestro, sino diversas doctrinas, por lo que «es deforme [dice], parecidísima a aquel monstruo que Horacio nos describe en la epístola a los Pisones» (I, 3). De este modo, para ejemplificar su idea, se vale de un símil con el monstruo esbozado en los primeros cinco versos de la famosa epístola como caracterización de las obras carentes de unidad.

A este mismo espécimen remite a manera de ejemplificación cuando, al hablar del buen uso de la razón y de sus opuestos, considera igualmente pedantes a los que afectan estar instruidos en las doctrinas de los modernos, y creen que los imitan al formar unas jergas ininteligibles y escribir unas obras semejantes a un vestido de diversas telas; unas, exquisitas y otras, despreciables, «o por mejor decir, formando el monstruo ridículo de Horacio vestido de todas las plumas». (I, 201)

En otra obra de 1812, también en latín y ya mencionada, *Institutiones...*, a la que incorpora su elenco anterior, al disertar sobre el verdadero concepto de la lógica, concluye que Condillac —a quien mucho admira— se deleita demasiado en sus análisis sobre la lógica artificial, hasta el punto de que se pueda recordar a su propósito lo que del gran épico griego dice Horacio: «*quandoque bonus dormitat Homerus*» (I, 24). Como se recordará, por medio de esta frase, «algunas veces dormita el buen Homero», se refería el venusino en su «Arte poética» (verso 359) a que aun los escritores de genio podían incurrir en pequeñas faltas perdonables.

Igualmente Varela atribuye esta frase al ilustre Feijoo, autor del *Teatro crítico*, en la misma obra, pero en notas, al comprobar con sorpresa que quien hizo una guerra declarada a las

cuestioncillas escolásticas, estimare necesario el tratado íntegro de los universales. «Pero, quando que [sic] bonus dormitat Homerus». (I, 31)

También en las *Institutiones...*, en la sección «De los hechos históricos», al tratar sobre la autoridad de los testigos, considera: «No merecen más que un grado mínimo de probabilidad las narraciones poéticas» (I, 46). A esta afirmación agrega, como fundamentación o apoyo, los versos 9 y 10 de su más conocida epístola referidos a la libertad de creación: «*Pictoribus atque poetis*, dijo Horacio, *quilibet audendi semper fuit aequa potestas*» (Pintores y poetas siempre han disfrutado de una amplia libertad para sus invenciones).

Parece una reminiscencia del verso 309 del *Arte poética*: «El principio y fuente para escribir bien es tener juicio»,⁴ la afirmación vareliana: «El que piensa bien, habla bien» (I, 89), inserta en su «Demostración de la influencia de la ideología de la sociedad, y medios de rectificar este ramo», discurso pronunciado en la Sociedad Patriótica de La Habana en 1817. Por supuesto, que no pasa de ser esta una mera conjetura, al amparo del conocimiento de esa obra demostrado por Varela.

En una publicación de 1815 en latín: *Praelectio de Philosophiae impedimentis*, alude a Horacio en tres ocasiones. En primer lugar, cita como epígrafe unos versos de la «Epístola I» del Libro I:

Ac ne forte roges, quo me duce, quo Larte tuter
Nullius addictus iurare in verba magistri
Quo me cumque rapit tempestas deferor hospes.

En ellos se encuentra lo que sería un principio vareliano: no jurar por la palabra de ningún maestro (autor), expresado en las *Propositiones...*

También de la «Epístola I», pero del Libro II, recuerda a Orbilio, el severo maestro de Horacio, al referirse a los jueces injustos educados *sub Orbili ferula* (bajo la férula de Orbilio), que atacan su doctrina ecléctica.

Cita también el pasaje horaciano «[...] siquid novisti rectius istis candidus impertias si non, his utere mecum [...]» (si conoces algún precepto mejor, trasmítelo sincero, si no comparte estos conmigo), dirigido a los seguidores del escolasticismo, a los

⁴ HORACIO: *Obras completas*, versión castellana de Tomás Meabe, Casa Editorial Garnier Hermanos, París, s.a. Toda mención al traductor remite a esta obra.

que les brinda la oportunidad de rectificar su error. La expresión se localiza al final de la «Epístola VI» del Libro I.

A la oda III del Libro I: «A la nave de Virgilio partiendo para Atenas», alude en su «Elogio del Excmo. e Ilmo. señor Don José P. Valiente y Bravo [...]», pronunciado el 10 de marzo de 1818. Mediante un símil, el cual más que una calificación es un adorno del lenguaje, declara: «Yo me figuro a sus amigos dirigiendo votos, no como los del poeta lírico en favor de la nave conductora del Mantuano, sino como los que dirigía el Profeta para dar gracias al Señor por sus beneficios [...]» (I, 106). En ese poema, como se recordará, Horacio pide a la nave que le devuelva sano y salvo al amigo, y le reintegra con esto a Virgilio la mitad del alma suya.

Recuerda la oda XIV, «A la nave republicana», también del Libro I, la mención que en el mismo discurso hace Varela de «la agitada nave de la nación» (I, 99). La relación entre ambas metáforas es innegable.

Utiliza una cita en latín de la «Epístola I» (versos 15-17) del Libro II, dedicada a Augusto, como epígrafe en su «Elogio de S. M. el señor Don Fernando VII, contraído solamente a los beneficios que se ha dignado conceder a la isla de Cuba; formado por acuerdo de la Sociedad Patriótica de La Habana, y leído en junta general del 12 de diciembre de 1818 [...]». Hela aquí, acompañada de la traducción de Tomás Meabe:

*Praesenti tibi mauros largimur honores
Iurandas que tuum per nomen ponimus aras
Nil oritirum alis, nil ortum tale fatentes.*

(Pero a ti, te prodigamos ahora que vives, los merecidos honores; te levantamos altares donde se jura en tu nombre; confesamos que la tierra no produjo ni producirá un ser semejante.)

Otra reminiscencia, pero esta vez del consejo horaciano: «Estudiad los buenos modelos: ejercitaos en ellos noche y día [...]» (*Epístolas*, III, 1, 268-269),⁵ parece ser la afirmación que hace en sus *Lecciones de Filosofía* (1818-1820) sobre la utilidad de la imitación de los buenos modelos en la formación del buen gusto (I, 191). En la página siguiente subraya que «dicho gusto se adquiere y rectifica por el estudio, la práctica y la imitación de los buenos modelos».

⁵ De las *Epístolas*, la III del Libro primero, versos 268-269.

En la tercera y más completa edición de su *Miscelánea filosófica*, de 1827 –para algunos, un libro de ensayo insuperable–, al abordar la cuestión de las obras elementales escritas en verso, tan de moda en la enseñanza de la época, rememora el verso 343 del «Arte poética» como parte de su argumentación y su posterior refutación. He aquí la primera parte de la cita:

Dicen algunos que se aprenden con más facilidad las reglas cuando tienen el atractivo del verso, y mezclan lo útil con lo agradable según el consejo de Horacio [...] (I, 337)

Una cuestión que aborda en su *Miscelánea...* es la de la creación de voces nuevas, que el poeta latino desarrolla entre los versos 46 y 59 de su «Arte poética». Al respecto, el pensador y ensayista estima que en cuanto a esta materia «debe observarse cuidadosamente el consejo de Horacio para la poesía, y todo lenguaje noble y delicado. Cuando hay un objeto nuevo, o no se encuentra voz que lo exprese bien en un idioma, invéntese una, o recíbese de un idioma extraño, pero cuando las cosas tienen sus nombres claros, legítimos, entendidos de todo el mundo ¿para qué es esa invención caprichosa, o ese préstamo que se exige a idiomas distintos [...]?» (I, 377). La función de la cita como desarrollo del tema no ofrece dudas.

Al examinar en esta misma obra las causas que conservan el escolasticismo y los efectos que produce, considera Varela el latín escolástico un idioma bárbaro, una cosa inusitada, es decir, «*rara avis*», por su mezcla de construcciones que nada tienen que ver con el idioma de Roma, pues apenas se halla en él una estructura del Siglo de Oro (I, 427). Por supuesto, la expresión *rara avis* (*Sátiras*, II, 2, 26),⁶ generalizada en el sentido anterior, la emplea Horacio en otro contexto, en el cual enumera y censura las manías y depravaciones de la gula, como es la opción de comprar pavo para la cena a pesar de su alto precio, más por los bellos colores de la cola que por la carne. El uso de esta breve frase es un mero adorno del lenguaje que el autor se permite.

En el artículo «Tranquilidad de la isla de Cuba», de *El Habanero* (1824), redactado por él luego de reafirmar que consagrará hasta el último suspiro de su vida a la patria, agrega: «Es cierto que yo no puedo encontrar donde quiera [sic] mi Habana, como pretendió Horacio se encontrase su decantada Ulubre» (II, 177),

⁶ De las *Sátiras*, la II del Libro segundo, verso 26.

en alusión a la «Epístola XI» del Libro I, donde el poeta expone que no hay que buscar la felicidad en otros cielos, porque dondequiera que no falte la igualdad de ánimo, está lo que se desea alcanzar en otras partes.

A propósito, hay que destacar la significación de esta cita por el contexto en que aparece, en el que la preocupación literaria no es lo que más importa. No solo evidencia su conocimiento de otras epístolas, sino que demuestra el arraigo en él de esta idea horaciana, que posibilita su rememoración en un texto de carácter político en el cual hace profesión de fe y se defiende de acusadoras calumnias.

Está presente la huella de Horacio, de igual modo, en la carta de 28 de febrero de 1832, en la cual envía a los redactores de la *Revista Bimestre Cubana* su artículo sobre la *Gramática de la lengua castellana*, de Salvá: «Remito a ustedes, mis amigos, el ratón hijo de los montes, quiero decir mi pobre artículo [...]» (II, 315). Se trata de una alusión al famoso verso 139 del «Arte poética»: «Paren los montes, nacerá un ridículo ratón». En él se refiere Horacio a los que, al comenzar un poema, una obra, anuncian grandes cosas, las cuales después no pueden cumplir.

En este artículo, en el que asombra la penetración lingüística vareliana, también hay una referencia explícita a la «Epístola I» del Libro II. En ella recuerda Horacio que, en su infancia, el brutal Orbilio le solía dictar los versos de Livio con la fusta en mano. Varela, por su parte, piensa que «acaso el célebre maestro del duque de Parma no se presenta al observador filósofo de una manera más favorable, que aquel antiguo Orvilio [sic], bajo cuya férula se formó el taimado y penetrante Horacio» (II, 334). Esta asociación erudita sirve para cualificar una actitud.

No faltan tampoco en su estudio sobre la *Gramática...* tres citas del «Arte poética» muy apropiadas para el desarrollo de sus juicios críticos. En la primera, advierte que Salvá tuvo muy presente «la observación de Horacio: *Brevis esse laboro, obscurus fio. Sectantem Lenia, nervi deficiunt, animique. Professus grandia turget...* y parece que todo su empeño ha sido conducir al lector por el camino que siempre ha trillado [...]» (II, 335)

En estos versos (25 y 26), los cuales Meabe traduce como: «Quiero ser conciso, pues soy obscuro; quiero ser fluído, terso, pues me falta nervio y vigor. Tal busca lo sublime [...], advierte Horacio que si no hay arte, el miedo de un defecto nos hace caer

en otro peor. Según Varela, no incurrió Salvá en esa falta, ya que se mantuvo alejado de los extremos.

La otra cita es la definición horaciana del término uso (verso 72) que inserta como ampliación: «*quem penes arbitrum est et jus et norma loquendi*» (que él es el Juez, el árbitro y la norma del lenguaje), y agrega: «[...] mas no es tan universal que baste á [sic] destruir el uso contrario [...]» (II, 335), lo que no le resta importancia como la última norma del lenguaje, la que no induce a error. Vale la pena conocer sus demás juicios críticos al respecto.

Por último, tras reconocer que es imposible que un libro salga a la luz por primera vez sin algunos ligeros descuidos, y señalar que el propio Salvá con suma modestia convida a que se le indiquen los defectos, concluye: «Por nuestra parte creemos que en justicia debemos explicar á [sic] esta apreciable obra los juiciosos versos de Horacio:

Non ego paucis

Offendar maculis, quas aut incuria tulit

Aut humana parum cavit natura». (II, 346)

He aquí la traducción hecha por Meabe de los versos horacianos (351-353): «Pero no me ofenderé de unos lunares que, o se escaparon por descuido o no pudo evitar la flaqueza natural del hombre». Aunque podría resultar ocioso, la ocasión es magnífica para subrayar la valoración positiva que tenía sobre la poesía horaciana: «los juiciosos versos».

Como se ha podido ver, el pensador cubano —que se propuso en sus *Institutiones*... tomar de todos los autores cuanto la razón y la experiencia aconsejan como norma, sin seguir la autoridad de uno solo— halló en la obra del poeta latino ideas, pensamientos, consejos y modelos de corrección y de buen gusto literario, con los cuales logró establecer un fructífero diálogo permanente que quedó plasmado en sus textos y en las variadas formas de apropiación que aquí se han descrito. Son ellos la expresión inequívoca de la estimable significación de la presencia horaciana en Félix Varela ●